

EL CONCEPTO PERSONALISTA DEL HOMBRE, SEGUN PEDRO DE AXULAR Y XABIER ZUBIRI

Por JUAN THALAMAS LABANDIBAR

La idea de que el hombre es una persona dotada de una conciencia libre y responsable, tiende a desvanecerse en un ambiente en que la exaltación de los instintos ocupa en todos los órdenes, el primer plano. Después de la experiencia brutalmente trágica del racismo, otra aberración, de no menor cuantía, la del individualismo anárquico, tiende a prevalecer, con unos efectos desintegradores para la sociedad de hoy.

Ciertos doctrinarismos muy de moda, al negar todo principio metafísico y ético a la naturaleza y al destino del hombre, tienden a hacernos creer que lo humano se reduce a pura excrecencia, a simple azar, a una gran comedia en medio de la cual cada uno puede moral y físicamente adoptar la postura que le venga en gana, sin preocuparse de las conveniencias y mucho menos de esas normas íntimas que desde Sócrates se han considerado bajo el prisma de lo divino.

Por todo ello, no creemos que sea un lujo fijarnos con algún detenimiento en las enseñanzas de dos de las más destacadas figuras del pensamiento que ha dado nuestro país: Pedro de Axular y Xavier Zubiri. Aunque uno y otro hayan desarrollado sus ideas en dos épocas muy distantes y distintas, sus tendencias poseen una misma orientación mental, altamente esclarecedora y formativa.

Pedro de Axular, antiguo párroco de Sara, autor de la más celebrada obra escrita en euskera, era conocido y apreciado en vida por su gran erudición y no menor valía espiritual. Sus amigos y compañeros en el sacerdocio, solicitaron de él que escribiera una obra educativa, capaz de promover el conocimiento y el amor de la virtud. Y a fe que lo consiguió cuando se propuso realizar esa

obra nunca demasiado encomiada, su *Gero*, escrita con una galanura de estilo y una densidad humanística como ninguna otra publicación euskérica ha alcanzado y podrá difícilmente alcanzar. Sin barroquismo alguno, con un discernimiento admirable, nos ha dado a conocer las versiones de los más destacados pensadores de la antigüedad clásica y cristiana.

En cuanto al pensamiento de Xavier Zubiri, por tratarse de un filósofo que plantea los problemas en el terreno puramente especulativo con la precisión y la capacidad de una mente excepcional, podría creerse que sus orientaciones tuvieran poco que ver con las de Axular, pero la realidad es que las conclusiones son las mismas: el hombre es un compuesto físico-espiritual que nada tiene que ver con el azar, y su proyección hacia lo universal, en cuanto «microcosmos», le señala ante sus semejantes y por obra de Dios, un destino peculiar, del cual en modo alguno puede deshacerse.

PEDRO DE AXULAR

Desde la primera página de su *Gero*, Axular sostiene un punto de vista esencialmente activista acerca de la naturaleza humana. No concibe en el hombre el ser sin la acción, ni siquiera en el primer hombre, en su condición paradisiaca. Incluso entonces, el cuidado de las plantas y de los árboles implicaba una actividad, pero de significación grata y placentera: un *atsegin-artze bat*, un desenvolvimiento normal de las capacidades de acción sin trabas ni penas de ningún género.

Una y mil veces repite Axular que no se concibe situación más proclive al mal, que la que se deriva de la holganza, la haraganería. Y es que pretender estancarse en la ociosidad, equivale a inaugurar en el mundo un estado de excepción que no admite Dios en la Naturaleza. Así vemos que todo, en los diversos planos de la creación, se halla sometido a variadísimas modalidades de acción: los astros, las plantas, los árboles, los animales, cuantos seres existen, desde lo infinitamente pequeño, hasta lo infinitamente grande, siguen modalidades variadísimas de acción que les permiten subsistir y perpetuarse. En ciertos casos, concretamente en la vida de los insectos, se trata de un régimen comunitario, en el cual cada individuo actúa y milita en bien de la totalidad. Axular se de-

tiene a considerar la vida de las abejas y de las hormigas, como algo sumamente aleccionador para el hombre (1).

Nos hallamos ya ante la ley del trabajo, que implica diferenciación e integración activa, lo cual se da de un modo muy peculiar en el destino del hombre sobre la tierra. Nuestro entendimiento y demás facultades anímicas nos han sido otorgados para que consigamos adquirir, por el esfuerzo y el trabajo diario, mucho más de lo que directamente nos proporciona la Naturaleza. Y en esa obra de transformación, en su actividad creadora, cada ser humano debe contribuir al bien general de la especie a que pertenece. Lo que entendemos por progreso, es efecto de esa capacidad que posee la persona humana de ir superando los obstáculos, a fin de crear modos de vida cada vez más ventajosos para el conjunto de la comunidad humana.

El vicio de la holganza.

Axular dedica muchas páginas a denunciar los males y calamidades que trae consigo la pereza, la holganza. Se sirve de textos de autores de la antigüedad clásica y de los Padres de la Iglesia, para hacernos ver que debemos actuar siempre movidos por un ideal superior, es decir, provechoso para los demás. Aristóteles propugnaba obras públicas de gran envergadura, a fin de mantener a todos los ciudadanos en estado de tensión constante. A esa idea parece haber correspondido la erección de las pirámides de Egipto, ya que los Faraones, tanto como la proclamación divina de su realeza, trataban de someter a su pueblo a una actividad colectiva que movilizara las posibilidades de acción de sus súbditos (2).

Señala Axular el caso de ciertos jefes políticos de la antigüe-

(1) Axular. **Gero**, págs. 10-11. Cuarta edición, Zarauz, 1954. Refiriéndose a las abejas, dixe Axular que, además de proporcionarnos miel y cera (...**mundua eztizez eztitzeke eta ezkoz argitzeke**), nos muestran un régimen tan perfecto que no hay gobernante capaz de igualarlas en el orden humano: ...**eta guztiak hain ordenantza handiarekin, non, badirudi, ezen, eztela Erregerik bere erresuma hain ongi gobernatzen duenik**.

(2) Los seis primeros capítulos de su obra los tiene dedicados Axular a destacar el apremio existente para que no dejemos de hacer el bien que depende de nosotros. Toda dilación o deserción se volvería contra uno mismo. Axular da a conocer muchos ejemplos acerca de la conciencia que se ha abrigado sobre la importancia del momento presente para no dejar de actuar. En lo que respecta al emperador Alejandro Magno, cita la respuesta que dio a quien se permitió preguntarle la razón de sus tan señaladas victorias: **Nihil procrastinans**, «no dejando nada para el día siguiente». **Ibidem**, pág. 4.3.

dad que sostenían guerras permanentes con sus enemigos, a fin de evitar que la juventud entregada a la ociosidad, se degradase en la búsqueda ilimitada de placeres. Y es que el desbordamiento de las pasiones, representa para la sociedad el peor de los males. Según Plutarco, resulta conveniente tener que enfrentarse con enemigos declarados, pues ellos, al airear y dar a conocer nuestros yerros, nos obligan a mantenernos vigilantes y a rectificar nuestros vicios: *Zeren, nola etsaiak beti-ere zelatan baitaude, zer ere uts edo falta edireiten baitute, hura bereala arrapatzen dute, ta are batzutan berreturik, airatzen eta kanpatzen dute.*

Cuando los Lacedemonios conquistaron una ciudad que era causa de fuerte enemistad para ellos, se guardaron de destruirla; la conservaron íntegra en cuanto *juventutis cotem*, como «pedernal afilado para la juventud», —*gaztetasunaren zorrotz-arria*—, con el fin de que los jóvenes no perdieran el entrenamiento necesario para guerrear. Asimismo, después de la conquista de Cartago, Escipión se enfrentó con la opinión de Catón de que había que destruir totalmente la ciudad enemiga. Según el Africano, nada se conseguiría con ello, sino abrir el cauce a luchas intestinas, a nuevas guerras civiles.

Los ejércitos mercenarios poseen la ventaja de estar integrados por elementos indeseables, gracias a lo cual la comunidad humana se ve purgada de lo que constituye un mal endémico para ella. Lo que el labrador efectúa con los campos que cultiva, a saber, arrancar las malas hierbas, eso mismo los gobernantes deben realizar con los sujetos que nada bueno representan para el orden y progreso de los pueblos: *...eta hek (alferrak eta jende galduak) anhitz kalte eta nahasteka egiten baitute, ontasun andia eldu zaika erriari halako heken kentzeaz; nola lurrari ere eldu baitaika probetxu iorratzeaz eta belar gaixtoen ateratzeaz.*

Muchos otros ejemplos aduce Axular para denunciar la holganza como causa inicial de grandes males. Dice que de tres cosas solía andar precavido Catón: de confiar un secreto a una mujer; de viajar por mar pudiendo hacerlo por tierra, y de dejar pasar un solo día sin cumplir la ley del trabajo. Ni siquiera los ciegos deben permanecer inactivos, entregados a la mendicidad degradante. En la India, son utilizados para dar vueltas a las norias y a las ruedas.

Cuando Axular trasplanta sus ideas al campo teológico, no admite la posición de quienes atribuyen al Universo una duración

eterna, a fin de justificar la incapacidad en que se encuentra Dios de permanecer inactivo. Anteriormente a la aparición del orden creado, y muy por encima de toda creación, se halla la intercomunicación de las personas divinas en el marco del misterio trinitario: *Zeren, badu eta bazuen ere lainkoak, munduren egitea eta gobernatzea baiño lehen, obra andiagorik: nola baitzen eta baita bere buruaren kontenplatzea, onestea eta bertzerik ere anitz* (3).

Pero ya una vez efectuada la creación, ley absolutamente general es para cuanto existe, y más para el hombre, actuar según normas preestablecidas. La operación sigue al ser, y a cada manera de ser corresponde una modalidad peculiar de operación, decían los escolásticos: *Operari sequitur esse, et modus operandi, modus essendi*. Incluso el sol, dice Axular con cierta ironía, puede encararse cada amanecer, después de haber efectuado su recorrido, con el holgazán que prolonga con exceso sus horas de permanencia en el lecho: *Zer aratza or alfer-nagia? Nik i baiño bide geiago iragan nian: inguratu bainuen mundu guztia; eta orai ere i baiño goizago jaiki nauk*.

El bien común.

Siendo como es el hombre un ser fundamentalmente social, no puede limitar su actuación a un bien que se reduzca a su pequeña individualidad. No hacer nada por los demás, es ya un mal: *Nihil boni facere, hoc ipsum est malum facere*, dice San Juan Crisóstomo. A lo cual San Bernardo añade que de la ociosidad cabe decir que, si es la madre de todos los vicios, es también la madrastra de las virtudes: *Otiositas esta mater nugarum, noverca virtutum*.

De quienes nada hacen valer en su vida en beneficio de los demás, surgen los males que azotan a la vida de los hombres, cuales son la pobreza, el latrocinio y demás miserias humanas: *Zeren, iturritik ura bezala, alferkeriatik sortzen baitira gaiztakeriak... Handik eldu da probetasuna, eskean ibiltzea eta bai ohoin izatea ere*.

El bien común encierra exigencias de las cuales nadie puede desentenderse. Todos debemos abrigar en nuestra alma la tensión

(3) Si bien cayeron en un error quienes admitieron la eternidad del universo creado para justificar la actividad permanente del Creador, mérito suyo fue afirmar rotundamente la necesidad absoluta de la acción: *Ordea filosofo hek eman zuten hartan bere ahal guztiaz aditzera, gauza gaixtoa eta perilosa zela alferkeria... Eta pontu batean, mundua aste-gabe zela erraitean, uts bazuten ere, ordea bertzean alfertasuna gauza gaixtoa, perilosa, eta nork bereganik egoztekoa zela erakustean, etzuten utsik egin. Ibid. pág. 9.*

moral necesaria para favorecer el bien en todas las facetas que presenta la vida social. No podemos dejar de actuar en el instante presente, bajo el pretexto de que lo que nos incumbe hacer, podremos efectuarlo más tarde. Sabemos positivamente lo que podemos hacer ahora, pero ignoramos lo que podremos hacer en futuras ocasiones que probablemente no se presentarán. El hombre ocioso invoca el futuro para dejar de actuar en el presente: *Alfertasuna da «gero» guztien iturburua, zimendua eta ama; egiteko guztiak egu-netik biharrera, presentetik etorkizunera, eta gerotik gerora luzatzen dituen... eta «gero» haur da gure galgarria, gure izurria.*

Según Axular, resulta pésima esa disposición de ánimo del que, por indecisión, no se resuelve positivamente por el bien: *Nai du eta eztu nai nagiak*. Quisiera beneficiarse de los bienes que resultan de la práctica de la virtud, pero sin contribuir a la producción de esos bienes: *Ongi egitetik eldu den irabazia, ongirik egin gabe nai luke gozatu*. Mas conviene saber que las faltas de omisión contribuyen a aumentar los males. Que lo queramos o no, el bien común, sin el cual no hay orden ni progreso en la sociedad, exige una valoración positiva del buen querer y demás facultades espirituales del hombre.

Tendríamos que convencernos, según advertencia de Axular, que los sacrificios, dolores y pruebas que traen irremisiblemente los vicios, son incomparablemente mayores que esa pequeña dosis de esfuerzo que requiere de cada hombre la práctica de la virtud. Si nuestras buenas disposiciones, al promover el bien general, desembocan en la paz y el asentamiento de la vida comunitaria, nuestras tendencias perversas, en última instancia, provocan el hundimiento del edificio social.

Nada más fácil que inventar pretextos para dejar de actuar en el sentido del bien: *Dicit piger; leo est in via* (Prov. 19) *Nagiak, bere lekutik iigitu nai eztauenak, trabu andiak edireiten ditu: bidean leoiña dagoela erraiten du*. Compara Axular la práctica de la virtud a una especie de parto, ya que lo que proyectamos cuando actuamos en ese sentido, es lo más íntimo y lo mejor de nuestro yo: *...nola konbertitzea eta obra ona egitea erditze bat bezala baita, halatan, zenbatenaz eta geiago baitago, hanbatenaz obra on hetzaz nekezago erditzen da. Beraz, hunetan lehen baino lehen izanen da oberenik eta erraxenik obra onen egitea eta bekatuetarik ilkitzea* (4).

(4) *Ibid.* pág. 46.

En la medida en que, pensando en los demás, nos decidimos a hacer el bien, en esa medida adquirimos facilidad para la práctica de la virtud. Para el mal, basta seguir el impulso de nuestras tendencias más inmediatas. Pero el hombre dista mucho de ser un animal meramente instintivo. El instinto por sí mismo es ciego y desembocado en la violencia. La vocación del hombre es ordenar los instintos, haciéndolos servir para fines superiores. Si dejamos de reconocer esta verdad fundamental, llegaremos a cegarnos y nuestra verdadera personalidad irá deshaciéndose: *Zenbatenaz bekatu geiago eta pekatuan egonago, hanbatenaz adimendua, memoria eta borondatea ezteusago.*

La palabra *virtus* para los latinos implicaba la idea de dominio interno para encauzar nuestro ser y nuestros actos por el sendero del bien. Al flaquear esa energía, entonces todo nuestro ser tiende a desmoronarse: *Eta hanbatenaz zure indarra eta ahala etsaiari ihardesteko ttipiago eta flakoago.*

La fuerza de los hábitos.

En su *Gero* desarrolla Axular la idea de que el ser humano, desde una edad muy temprana adquiere las tendencias que habrán de moldear toda su vida. De ahí que la educación de la persona haya de empezar en los primeros años de su existencia: *Nor nola gobernatben baita gaztean, ala komunzki egiten ohi da zahartzean.*

Es evidente que todo cuanto existe en los diversos planos de la creación, adquiere desde los comienzos la orientación que le corresponde. Cada especie vegetal y animal marca a los que la integran una manera de ser peculiar: *Zamaria gazte deiño ezten da; aragia berri deiño gazitzen da; zuhaitza ttipi deiño birlandatzen.* Si por un motivo u otro los seres se desvían en su crecimiento, ya después resulta imposible enderezarlos: *Finean, gauza guztiak lehenbizikoan artzen dute bere plegua eta ortkoia, eta bein artuz gero, nekez uzten dute* (5).

(5) Axular desarrolla en los capítulos VII y VIII la idea de que resulta mil veces más fácil adquirir buenos hábitos desde el principio que deshacerse de los malos al cabo de cierto tiempo. El hombre vicioso puede llegar a dañarse en la raíz más íntima de su ser. Si San Pedro se arrepintió y regresó inmediatamente después de su pecado, Judas, en cambio, se endureció y se perdió irremisiblemente: *Eta guztiarekin ere sendatu zen bata, eta ez bertzea. Sendatu zen Jondone Petri lainkoaren garaziaz, eta gelditu zen sendatu gabe Judas bere faltaz eta maliziaz. Ibidem, pág. 67.*

Aduce muchos ejemplos y enseñanzas Axular para poner en evidencia la fuerza que adquieren las costumbres, buenas o malas, en nuestro ánimo. En el sentido del bien no hay límite para el crecimiento. Pero, por el camino del mal, puede ocurrir que ciertos hábitos perversos dejen de suscitar la menor repulsa en quien los abriga, tal es el grado de mala conciencia que se puede alcanzar: *Bekatuak andi eta izigarri izanagatik ere, ttipi eta ez-deus iduritzen zaitza hetan usatu duenari.*

Nuestra naturaleza auténtica, en definitiva, no es más que los hábitos adquiridos, pues éstos constituyen el carril por donde avanza el discurrir de nuestra vida humana: *Ex actu multoties iterato fit habitus*, dice Aristóteles. A lo cual San Juan Crisóstomo añade que dentro del hábito llega a prevalecer el automatismo, la carencia casi completa de posibilidad de elección: *Consuetudo est qua postea etiam absque electione fit*. Toda nuestra manera de hablar, de pensar, y de movernos, obedece, en definitiva, a los hábitos adquiridos: *Eta hauk guztiok dira usantzaren iokoak, trebetasunaren kolpeak eta azturaren tornuak.*

Si damos largas al cambio de orientación en nuestras tendencias hacia el mal, llegará indefinidamente el momento en que, de tumbo en tumbo, avanzaremos por caminos cada vez más torcidos, y ello para nuestra propia desgracia: *Eta halatan gerotik gerora zabiltzala, usantzarekin batean, komunzki gertatzen dena, eriotzeak atrapatu rik, fin-gaitz eginen duzu.*

El arranque vital que adquieren las plantas en la tierra, nosotros lo hallamos en el mismo Dios que, a través de nuestra conciencia, nos orienta luminosamente hacia lo que nos es provechoso: *Eta hark erakusten derauku, zer dagokun ongi eta zer gaizki; noiz goazen makur eta noiz artez. Eta are geiago, hark berak bere ahal guztiaz aitzinatzen eta bulkatzen gaitu ongi egitera, eta gibelatzen eta hastantzen gaizki egitetik.*

La justicia divina.

Refiriéndose a la libertad humana, denuncia Axular la falsa idea que abrigamos al creer que carece de límites. Lo cierto es que, así como el mar halla su tope en la tierra firme, así también el comportamiento libre del hombre se enfrenta con las normas, objetivos, leyes y demás cauces por donde debe discurrir nuestra existencia: *Bada, itxasoari bezala ibeni derauka lainkoak gizonari*

ere bere arauaz, bere zedarria, seinalatu dio norerañño hel, bere xedea, bere mugarria eta marra (6).

Todo cuanto existe y se mueve tiene sus modalidades bien delimitadas de acción. Axular cita las siguientes palabras de Aristóteles: *Omnia viventia quae dicuntur natura constantia, habent certum limitem suae quantitatis*. Las leyes y sanciones que la sociedad establece para evitar los excesos de una libertad mal entendida, son la expresión de esa otra justicia inmanente, divina, que, a su vez, se manifiesta cuando nos sentimos incapaces de hacer valer las normas fundamentales que convienen a nuestra dignidad humana. Todos los pueblos de la tierra han creído que, así como la dicha y la prosperidad son el resultado del buen comportamiento de las gentes, así las grandes calamidades vienen a ser el brote final del desbordamiento de las pasiones: *Impleta est terra iniquitate, et ego disperdam eos* (Génes. capít. 6).

Debemos valernos de la libertad en un sentido eminentemente positivo, es decir, solamente para hacer el bien. El libre albedrío no es una facultad independiente de la voluntad, cuyo objetivo único es el bien general. Los efectos inmediatos de una libertad sanamente ejercitada, son el orden y la paz. En cambio, cuando la libertad degenera en libertinaje, se rompen todas las compuertas y el mal avanza haciendo estragos de mil género: *Quare facitis malum grande hoc contra animas vestras, ut intereat ex vobis vir et mulier?* Ese texto de Jeremías lo cita Axular para hacernos ver que, cuando menos por instinto de conservación, para no exponernos a las calamidades que trae el mal uso de la libertad, deberíamos encauzar nuestro albedrío.

La justicia divina no resulta tan tajante como para que no haya margen para la misericordia de Dios. Es indudable que existen una y otra, pero lo difícil es saber dónde termina la misericordia y dónde y cuándo comienza la justicia, con su carácter inexorable: *Soli Deo cognitus*. Un refrán vasco dice que Dios sabe esperar, pero no olvidar: *Iainkoa luzakor, baiñan ez ahanzkor*. Caer en la presunción de que la misericordia divina no conoce límites y uno puede impunemente abusar de ella, es muy arriesgado, pues es fácil resultar víctima de esa ilusión (7).

(6) *Ibid.* pág. 71.

(7) Las pruebas que le sobrevengan al malvado, pondrán irremisiblemente un freno a sus deseos de dañar. Eso se vio en el caso del Faraón que salió en persecución de los israelitas que salieron de Egipto: *Persequar et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea, evaginabo gladium meum, interficiet eos*

El ejemplo de Sodoma y Gomorra nos hace ver que cuando los vicios alcanzan el desbordamiento, entonces llega el momento de la justicia como una ley implacable y fatal: *Zeren ia ordukotzat neurria bete baitzuten*. La vida no aguanta una carga excesiva de maldad. Cuando ésta adquiere una preponderancia excesiva, aquélla se hunde irremisiblemente: *...bere bekatuak bete dituenean, betatzen zaitza bere egunak ere*.

Nuestra excesiva inconsciencia no nos permite vislumbrar el orden y la medida existentes en el plano de la acción divina. La bondad de Dios es innegable, pues todo cuanto crea lo hace por pura liberalidad. Pero también es evidente que no podemos utilizar cuanto nos ha sido otorgado en condiciones de desbaratarlo todo con nuestro pésimo querer. En todo lo que atañe a la vida de los individuos y la sociedad en general, debe existir una armonía que cuando menos nos toca respetar, si no promover y valorarla con nuestras mejores disposiciones (8).

El cristiano cree en la bondad y misericordia de Dios, pero al mismo tiempo teme su justicia: *Miserikordiaren eztitasunari behatzen diozun bezala, behatu bear diozu jutzizaren garratasunari ere*. Por lo mismo que los atributos divinos se implican mutuamente, la misericordia y la justicia van una con otra: *...urbil dagotza lainkoari eta elkarri* (9).

Quien presume de fiarse demasiado en la bondad de Dios, preocupándose muy poco de cumplir sus mandamientos, lo hace para desentenderse de las consecuencias de sus faltas. Sobran en el

manus mea (Exod. 5). En lugar de alcanzar su propósito de exterminio, cayó al mar y allá acabó sus días: *...itxas ondarrera eroririk, bere egunak akabatu zeitzan*. *Ibid.* pág. 72.

(8) En el libro de la **Sabiduría** se pone de relieve el orden y la medida en que todo ha sido creado: **Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti** (Sap. 11). Debido a ello, los juicios de Dios respecto a los actos humanos no pueden dejar de ser justos: **Pondus et statera, judicium Domini** (Eccles. 11). Dios todo lo ve, todo lo sabe y todo cuanto existe se ajusta a un orden previsto: **Guztiak dakuski, guztiak dakizki, eta guztiak berak bere eskuz, bere ordenamenduaren arauaz bear bezala kidatzeintu**. *Ibid.* pág. 76.

(9) De la misericordia divina trata Axular en los capítulos X y XI de su **Gero**. La razón fundamental por la cual debemos creer en la misericordia divina, radica en el misterio de la Redención: **Lehenbizikorik, hura da gure adiskide, eta hain adiskide, non zerutik lurrera iausirik, lurtean guregaitik, are bere etsai ginituelarik, bere bizia liberalki eta bolondreski eman baitzuen**. De gran precio es nuestra fe en la misericordia divina, pero a condición de no abusar de ella: **Zeren, egia da, anhitz balio du fidantziak, indar handia du esperantzak. Ordea, aditzen dela neurriz, soberania gabe. Zeren soberania guztiak dira gaixto**. *Ibid.* pág. 85.

mundo quienes actúan de ese modo, y fue Salomón quien dijo que es infinito el número de personas que se niegan a recapacitar en lo que les corresponde hacer: *Stultorum infinitus est numerus*. Para ilustrar esa forma de estulticia, Axular recurre al ejemplo de quien, por excesiva confianza, avanza por un puente creyendo que es mucho más largo de lo que es en realidad. Entonces ocurriría que, al no haber ya puente en un momento dado, el que se arriesgó por él caería al agua inevitablemente: *...eta zubia ez den lekuan oiñak emanik, eror baitzindezke zubi azpiko osinera, eta han itho ta onda* (10).

Noción y valor del tiempo.

En la conducta humana, el factor tiempo posee una importancia trascendental. Dejar para después lo que nos incumbe efectuar en el momento presente, puede tener derivaciones muy graves. La práctica del bien apremia en cada instante, y cabe decir que la mala conciencia consiste en desentenderse de ese apremio.

El fin que persigue Axular a lo largo de su obra, es crear en el lector el sentimiento, la conciencia, de que debemos labrar nuestro destino reconociendo toda la importancia que tiene el momento presente para la práctica de la virtud. Nunca deberíamos perder de vista la advertencia de San Pablo: *Dum tempus habemus, operemur onumb* (Ad. Gal. 6). Hagamos el bien a su debido tiempo. *Denbora duguño, dagigun ongi*.

Ni el pasado ni el futuro nos pertenecen. Lo que fue ya no volverá y lo porvenir nadie sabe lo que encerrará. El «ahora» es lo que está a nuestra alcance. Si no lo aprovechamos en las condiciones debidas, toda nuestra existencia quedará desbaratada: *Denboratik ez dugu deus ere, «orai» bat baizen, iraute apurra, pontutsu bat eta ez geiago*. El hombre cabal, el auténtico sabio, es el que consigue valorar en el bien todos los instantes presentes que le brinda el discurrir del tiempo: *Joana joan, etorkizuna etorkizun, presentekoa da gure, eta ez bertzerik*.

(10) Cita repetidas veces Axular a San Agustín acerca de la limitación de la misericordia divina ante las exigencias de su justicia. Dios no puede ser tan misericordioso como para llegar a ser injusto: **Non sic Deus est misericors, ut sit injustus**. Si el pecador persiste y se complace en el mal, no puede la bondad de Dios excederse. Esa limitación no equivale a escasez en el plano de la misericordia divina, sino que responde a exigencias fundamentales: **Eta ez-edatze haur, gauzaren ezinkizunetik eldu da, eta ez miserikordiaren eskastasunetik**. *Ibid.* pág. 94.

Para el hombre que no malgasta el tiempo, sino más bien lo aprovecha reconociendo el valor de todos los instantes de su vida, el presente adquiere una importancia excepcional, porque, al identificarse con él, consigue entresacar de él el máximo rendimiento. Sólo en esas condiciones el pasado deja de atormentarnos y el futuro puede despertar cierta ilusión, o sea, que el tiempo en su totalidad adquiere un auténtico valor para nuestro destino: *Eta halatan oroitze hunekin eta esperantza hunekin batean iragana eta etorkizuna presentekoarekin loturik eta bat eginik, etzaiku presentekoa hain labur iduritzen. Zeren guztiak elkarrekin bezala eta bat bailira bezala artzen baititugu.*

Las personas más angustiadas respecto al porvenir, son las que se sienten incapaces de aprovechar el momento presente. Solamente quien tiene su vida entera enraizada en el bien, no alimenta temores. Dejar para más tarde lo que podemos hacer ahora, es crear una suma de inquietudes que aumentan nuestra propia desgracia. En ese sentido hay que entender la frase del profeta: *Diem pro anno dedi tibi* (Ezeq. 4). Ahora, en este instante, debemos actuar en vista de realizar el bien que nos incumbe, sin dejar para un «después» desconocido lo que probablemente no estará ya a nuestro alcance: *Zeren gero eztena, orai baita merezitzeko eta ontasunean aitzinatzeko ahala, indarra ta libertadea.*

En lo que respecta al tiempo perdido, dice San Juan Crisóstomo que es mucho más fácil recuperar el oro extraviado antes que volver a revalorizar el tiempo que se malgastó: *Aurum amittis? postea recuperari. Amissum tempus, difficulter.* El tiempo que discurre es un caudal que se halla a nuestra disposición para nuestro propio enriquecimiento. Si dejamos de utilizarlo en ese sentido, tropezaremos en él sin saber dar a nuestra existencia una orientación bien definida: *Badirudi tratatzen gaituela; anhitzetan ere, ez pagendu nai gendukeiela; ez jakinez zertan iragan gabiltza; oren batean garenean, bigarrean bagina desideratzen dugula.*

Es evidente que el malvado se encarga de destrozarse su vida malgastando el tiempo en pésimas condiciones. Pero tampoco cabe decir del ocioso que consigue hacer algo en provecho de los demás. Hace muchos proyectos haldíos; se entrega incluso a la ensoñación, pero prácticamente no hace nada útil: *Egiten duzu zeure baitan milla pentsu eta gogoeta, milla dorre eta gaztelu. Egiten zara Aita Saindu eta Errege, aberasten zara, egiten duzu anhitz balentia; etortzen zaitzu oiko eder bat, irabazten duzu; finean, erabiltzentuzu zeure gogoan, hala balira nai zendukeien gauza batzuk.*

La actitud que adopta el ocioso ante las posibilidades que le brinda la vida, sin saber dominar el tiempo con una actividad provechosa y ordenada, hace que su condición psíquica se parezca a la locura —*gogoeta ero*—. Y es que al no progresar mental y moralmente, el que se ve entregado a la pereza, va deshaciendo su personalidad: *Ez aitzinatzea, gibelatzea da*. El peor testigo de nuestra mala conciencia es el tiempo: *Denbora bera iaikitzen da gure kontra*. En cambio, puede decirse que convertimos en nuestra mayor riqueza ese discurrir de los días y años de nuestra vida, cuando sabemos darle cauce con las facultades más nobles de nuestra alma: *Erran bear da aberats garela, munduan den gauzarik aberatsena eta baliotsena hain frankoki derabillagunean* (11).

La conciencia moral.

Dos capítulos de su obra —XLV y XLVI—, tiene Axular dedicados a la conciencia moral a *synderesis*, en cuanto que es esa razón natural innata que nos señala constantemente el bien que nos incumbe efectuar, así como el mal que debemos evitar. Mil ventajas y privilegios atribuye Axular a ese movimiento interno que es magisterio de luz, consejo, ayuda y energía: *Zeren, ezta munduan halako aitzindaririk, gidaririk, argi-egillerik eta erakusterik, nola baita arrazoin naturala eta arrazoin naturalak dioena; naturaren arauz, legez eta etorkiz dakiguna; bat-bederaren barrena, kontzienzia, eta kontzienziaren lehenbiziko mugidura, abiadura, erakuspena eta konseillua* (12).

Fuera de ciertos casos particulares, resulta vano consultar con

(11) El objetivo fundamental de la obra de Axular consiste en apremiar al pecador para que no demore su cambio de vida, optando resueltamente por la virtud. Con todo, en el capítulo XII es donde se detiene a considerar el valor excepcional del tiempo que discurre y tan sólo el que se halla delante, está a nuestra disposición; en modo alguno el que fue, el que está detrás y no volverá: *Aitzinean badu (denborak) nundik lot; baina ez gibelean... Zeren gibelaz gero, eztu esku-tokirik eta ez lotzeko girtainik*. La siguiente máxima de Santo Tomás destaca perfectamente la trascendencia del instante presente: **De tempore nihil est accipere in actu, nisi nunc**. Lo cual traduce Axular con estas palabras: **Denborarik ez dugu deus ere, «orai» bat baizen, iraute apurra, pontutsu bat eta ez geiarik**. *Loc. cit.* págs. 101-102.

(12) Expresión inequívoca de la benevolencia divina es la presencia en cada hombre de esa voz interior que nos orienta, acompaña e ilumina en cada momento de nuestra vida: *aitzindari, kidari eta argi-egille*. La ciencia del bien y del mal es innata, y, para progresar en virtud, nos basta inspirarnos en ella: *Zeren, badakigu haur gerok ere geure burutik, lege naturalak berak, kontzienziak, erakutsirik*. *Loc. cit.* págs. 313-314.

alguien para saber si debemos actuar en un sentido u otro. El testimonio de nuestra conciencia moral resulta muy suficiente. El que mejor la sigue, mayor dosis de lucidez adquiere para actuar rectamente: *Zeren, badaki kontzienziak bear dena, eta bere egitez da onera emana*. Debido a la presencia de esa voz íntima que es la conciencia, nos hallamos en todo momento en la situación de tener que optar por el bien o por el mal. Si lo hacemos por el bien, nos aprueba; en el caso contrario, nos reprocha. Por ello pudo decir Santo Tomás: *Synderesis dicitur instigare ad bonum et murmurare de malo*. Lo cual Axular traduce con las siguientes palabras: *Ontasunari egiten dio besta ta begitarte, eta gaiztotasunari, liskar eta beltzuri*.

Si el silencio del cuerpo es signo del buen funcionamiento de todo el organismo, el no percibir ningún reproche en nuestra conciencia también es señal de que el alma se halla sana y fortalecida. Entonces es cuando sentimos un verdadero contentamiento interior: *...orduan da gizona alegera, arrai, kontent eta bere gogara*.

Bien considerada, la voz de la conciencia es condescendiente y amable en sumo grado. Ni siquiera el lenguaje más paternal puede ser comparado con ella: *Geure aitak baiño maiteago gaitu kontzienziak*. Pero no perdona si se pretende prescindir de ella; menos que a nadie, a los que ocupan cargos de gran responsabilidad: *...ez Aita Sainduari, ez Emperadoreari, ez Erregeri, eta ez munduan den bertze presunari, eztiazaio barka*.

No hay más discriminación verdadera entre los mortales que la que se da frente las exigencias de nuestra conciencia. Los buenos son los que creen en ella y siguen sin titubeos sus indicaciones; los malos, en cambio, prescindiendo de esa voz interior, se entregan a la presión ciega de los instintos, sin importarles sus pésimas consecuencias: *Kontzientzia, batzuk dira erne, sentikor, minbera, ertsu; eta bertze batzuk, loti, lazo, zabal eta ez-antsia*.

El que sigue las directrices de su conciencia da un valor positivo a cada uno de sus actos y, por ahí, a toda su vida. El malvado, al rechazar las normas morales, pierde todo sentimiento de culpabilidad y prefiere debatirse en el abismo de sus egoísmos: *Gaixtoak, bekatuan osinean sartuz-gero, galtzen du sentimentuak, ez tu antsiarik*.

Al margen del testimonio y aprobación de nuestra conciencia, el alma se enturbia y agita sin conocer paz ni sosiego: *Kanpoan etsaiak, barnean gerla: non edirenen du bakea? Non? Norako da?*

Sartuagatik bere barreneko ganbaran, bere kontzientzian, etezake pa-kea ediren.

Con varias plagas compara Axular los efectos de la mala conciencia. Son como las aguas de una riada que lo arrastra todo, y también como la polilla, los gérmenes y gusanos que alteran la madera, los tejidos y los alimentos: *Ez da uharrerik ez eta uholderik, lurra hala larratzen eta arrobatzen duenik; ezta pípirik zura hain deseitzen eta zuhiritzen duenik; ezta zerrenik, ohiala hala eta hain gisa-gaizki bilakatzen duenik, eta ez arrik, aragia hala galtzen eta gastatzen duenik, nola kontzientzia gaiztoak egiten baitu bere burua.* También puede compararse la mala conciencia con un mar siempre alborotado, incapaz de conocer el menor momento de sosiego y bonanza: *Gaixtoak itxas irakatua bezala dira; eztute bakerik eta ez sosegurik.* Salomón compara el malvado con un carro sobradamente cargado que se arrastra penosamente: *Hala errenkuratzen da, bada, bekatorearen kontzientzia ere, bere bekatuen karga ezin jasanez.*

Cuando uno pretende situar su existencia al margen de la ley natural, se convierte irremisiblemente en su propio enemigo. Así, Caín, después de haber dado muerte a su hermano, no podía sufrir la presencia de nadie, porque en cada ser humano veía como la personificación de su conciencia acusándole de su crimen: *Zer diozu Kain? Noren zare beldur?... Ez nehoren; zeure buruaren; zeure kontzientziaren.* Por otra parte, vemos que a Judas no le condenó Pilatos ni el pueblo judío, sino que se colgó de un árbol, por no poder aguantar su propio crimen (13).

De ahí se sigue que antes que nada por sí mismo, por su equilibrio personal, el hombre debe practicar el bien, siguiendo las normas de la ley natural. Por lo mismo que nuestra vida nos pertenece y nos incumbe orientarla convenientemente, el darle un alcance moral es cosa que nos atañe primordialmente, es decir, antes que a nadie. A ese propósito, Axular cita varios textos de Séneca, sabiendo que para los estoicos la práctica de la virtud vale por sí misma; no ya por los méritos que podemos alcanzar, sino por su eficacia intrínseca. El mal es un daño irremisible para uno mismo: *Nequitia, enim, ipsa est sui poena.* Aun cuando nadie conociere nuestras faltas, éstas se bastan para desquiciarnos y atormentarnos: *Zerori zara, zure kontzientzia da lekukorik segurena; bertze guztiek*

(13) El mal del pecado es el peor de todos, pues es íntimo, propio de un alma despedazada y dominada por una fuerza de la que no puede desprenderse: **Zeren, han berean (bere barnean) batzen batzaizka etsaia; eta etsairik gaixtoena, etxe barnekoa da.** Loc. cit. págs. 318-319.

faltatuagatik, hark eztezake falta, hark on-educiko du, hark akusatu-ko du.

Dice Axular que nuestra conciencia actúa como juez, fiscal, testigo y defensor: *bera da alkate, bera da lekuko, bera da akusatzaile eta defensatzaile*. La rectitud de sus juicios es tan firme, que nadie puede corromperla: *Hain artez, iustu ta leial, non, mundu guziak ezpaitzezake irabaz, ez korronpi eta ez bertze aldera itzul*. También cabe decir que nuestra conciencia es como un espejo donde nos vemos con plena exactitud, tal y como somos: *...han, mirailan bezala, zeure burua ikusiko duzu*.

La enemistad de los hombres.

Axular dedica varios capítulos de su obra a denunciar lo que más separa a los hombres unos de otros, a saber, la ira, el enfado, cuyas derivaciones, las más de las veces, son el odio y la enemistad.

Ley de la carne, de la porción bestial de nuestra naturaleza, es esa forma de amor propio irracional que, al darle rienda suelta, nos conduce a enfrentarnos con nuestros semejantes. Únicamente el espíritu, cuando se manifiesta como tal, es capaz de frenar nuestros impulsos agresivos, nuestra tendencia a supervalorizarnos. Ley de la porción más íntima del alma es la benevolencia, amor auténticamente humano que nos abre a los demás con sentimientos de magnanimidad (14).

Recalca Axular que en cada ser humano se da ese dualismo que nos inclina, o bien hacia la enemistad que no perdona, o hacia esa disposición de ánimo que nos hace ver en los demás a otros tantos amigos y hermanos. Dice Axular que incluso Cristo sintió rebelarse su carne en el Gólgota cuando inició una protesta en medio de su martirio: «¿Señor, Señor, por qué me has abandonado?». Pe-

(14) Tanta importancia atribuye Axular a las pésimas derivaciones de la ira para la convivencia humana, que a ese vicio tiene dedicados siete capítulos —del XX al XXVII, págs. 187-227—. El no deshacer una amistad con un pretexto fútil y el no alimentar forma alguna de encono, he aquí lo que recomienda Axular con insistencia. Resulta casi imposible renovar una amistad perdida: *...bat egitera enseiatzen ezpazera, iakizu, ezen, gero eta gero gaitzago izanen zaitzula, gibela-koago, urrundukoago eta ezantsiatukoago zarela*. En cuanto a los bajos sentimientos de enemistad: *Gauza ona da koleraren lehenbiziko narritamenduari, mugidari eta abiadurari begiaren edukitzea, azi haren ozitzetik, sortzetik eta bihitzetik begiratzeara*. *Ibid.* pág. 187.

ro inmediatamente prevaleció la voz del espíritu y se sometió a la voluntad de su Padre.

Conviene que tengamos siempre presente esa situación en que nos encontramos entre dos fuerzas que se disputan el dominio de nuestra alma: la de la carne que nos distancia de nuestros semejantes, y la del espíritu que nos conduce a comulgar con ellos en un gran amor de benevolencia: *Eta hunetan da ageri, ba'direkeiela elkarrekin gaitzerizkoa naturala eta amorio librea. Badukegu etsaieren aldekotzat gaitzerizkoa onerizkoarekin.*

Por desgracia, es fácil y frecuente que prevalezca entre los hombres la ley de la carne. Es mil veces más nutrida la historia de la enemistad entre individuos y pueblos, que la de la verdadera amistad. De ahí que toda situación humana haya sido y sea muy azarosa y sobradamente inestable. El que la ley del espíritu no haya prevalecido en las comunicaciones humanas, es la mayor de las calamidades, pues todas las demás se derivan de ahí: *Eta haur da arimaren eta gorputzaren, espirituaren eta aragiaren arteko gerla perilosa eta biktoria loriosa: batak gaitz-esten duena bertzeak onesten baitu.*

Debemos establecer como norma fundamental el saber reaccionar inmediatamente frente a los primeros brotes de antipatía o enemistad: *Eztezala iraun iguzkia sar arteño; etzoaztela oherat mendekatzeko desirarekin; akaba diferentziak iguzkiz iguzki.* Que nadie se acueste dominado por malas disposiciones respecto a su prójimo, y que esa tendencia al enfado desaparezca de sol a sol.

Axular determina el caso único en que es lícito enfadarse, pero sin alimentar enemistad. Cuando hay que enfrentarse con ciertas formas de injusticia y de explotación de los vicios y las bajas pasiones, no se puede callar ni dejar pasar las cosas. El extremar la paciencia trae no pocos daños, pues los vicios, cuando encuentran el camino totalmente abierto, cunden como una epidemia. Las palabras de San Juan Crisóstomo son terminantes sobre este extremo: *Quoniam patientia irrationabilis, vitia seminat, et non solum malos, sed etiam bonos invitat ad malum.* En particular, los responsables del orden social, no pueden cerrar los ojos ni darse por satisfechos como si ciertos males no existieran: *Aserretu bear denean ez aserretzea, sentikor bear denean ez sentikortzea, «beti-bat», «beti uli», lolo, malba eta bare izaitea, ezteutasuna da eta ez-gizontasuna.*

Un padre de familia debe también reprender a sus hijos cada

vez que éstos faltan. *Bear da, bear denean khar apur bat altxatu*. De lo contrario pierde su autoridad, y sabido es que una casa donde brilla por su ausencia la autoridad paterna, va irremisiblemente al traste. *Halatan du aitak botere eta esku, semeari gogorki mintzatze-ko, eta bai Kargudunak ere bere kargukoan kontra, uts eginak doha-zinean, iaikitze-ko eta aserretze-ko* (15).

Toda intervención forzada en provecho del bien familiar y social debe hacerse en condiciones de no suscitar odios ni crear mayores males. Lo mismo que un cirujano se ensaña con el mal que hay que extirpar, tomando las máximas precauciones con el organismo que se trata de salvar, asimismo quienes actúan con energía frente a las faltas y lacras de orden moral, deben hacerlo en forma que todos palpen la eficacia de su intervención, inspirada tan sólo por el bien y el amor de la comunidad. *Hala bear dira, bada, halaber arrazoiñaren arauaz, intentzione onarekin, falten erremedia-tze-ko eta bekatuaren eritasunetik sendatzeko borondatearekin egiten diren liskarrak, ahakarrak, mehatxuak eta erantzuteak ere, estimatu eta parte onera artu*.

El dominarse cuando hay que corregir a los demás, resulta muchas veces difícil, pero hay que tener muy presente que una verdadera corrección no debe provocar desafecto ni oposición: *...faltari bai, baiña faltaren jabeari herrarik eta aiherkunderik eduki gabe*.

Cuando uno deja de dominarse ante la ira que le invade, adquiere el aspecto de una persona ebria y medio loca, que en sus gestos y palabras puede alcanzar formas inadmisibles: *Han dira zinak eta minak, han dira kexadurak, izerlekak, atsbeherapenak, intzirinak eta maradizinoak*. De gran exactitud es el retrato que hace Axular del colérico, dibujando sus rasgos con maestría de buen psicólogo, antes de dedicarse a señalar los remedios adecuados para frenar los impulsos irracionales que nos conducen a enfrentarnos con nuestros semejantes.

Para evitar la ira, que responde siempre a nuestros malos humores, lo primero que se impone, según Axular, es alejarse de las ocasiones que puedan provocarla. También debemos distanciarnos de las personas que, bajo cualquier pretexto, dan rienda suelta al

(15) Distingue Axular la *ira per zelum* de la *ira per vitium*, el enfado que tiende a la corrección fraterna de esa forma de enemistad que sólo responde a la mala saña. Siempre y en cualquier circunstancia, hay que respetar e incluso amar a la persona del pecador. Al reprenderle por su pecado, no hay que dañarle en su alma: *Eta anaiaren kontra, anaiak duen bekatuaren kontra aserretzen dena, halakoak bekatua gaitz-esten du, eta ez bekataria*. *Ibid.* pág. 191.

enojo. Son como una chispa siempre dispuesta a provocar una llama: ...*sukor baitira, inhar baitira*.

Por otra parte, el responder con palabras amables a una persona rencorosa, es el mejor medio para desarmarla: *Responsio mollis frangit ira; sermo durus suscitatur furorem* (Prov. 15). La concordia o la enemistad dependen de nuestra manera de hablar: *Emozu ur, mintza zakitza emeki eta emero, sua iraungiko da, gaitz-erizkoa iabalduko da*.

Hay que precaverse de actuar cuando nos vemos dominados por sentimientos alborotados. Entonces estamos medio ciegos y carecemos del control de nuestra persona. Si nos dejamos llevar, nos avergonzaremos de nosotros mismos: *Zeren, orduan itxu zara, ero zara, nahasia zara, desarrazoia ere arrazoin iduritzen zaitzu*. Citando textos de Cicerón y Séneca, Axular recomienda la serenidad de espíritu como un bien inestimable. Y es que la ira viene a ser como una crisis de locura pasajera: *Erokeria labur bat da ira, kolera*. La diferencia radica en que la demencia es permanente y la cólera momentánea, pero los síntomas se parecen: carencia de dominio propio e inclinación a hablar y actuar al margen de la razón: *Baiñan, gaiñerakoan, bata asarre eta bertzea ero diren bitartean, hain ongi lot, uzka! eta amarra ahal dezakete bata nola bertzea. Zeren orduan biak baitira berdin, biak baitira ero* (16).

El amor de benevolencia.

El amor de benevolencia, caridad o *agapé*, corresponde a la esencia de la vocación del cristiano. ¿Por qué debemos vivir en trance de caridad fraterna?, se pregunta Axular. La respuesta es obvia: porque el Maestro lo exige después de haber dado el ejemplo de un amor total, perfecto. No hay margen para una actitud cristiana ante la vida, si no nos sentimos inclinados hacia sentimientos de benevolencia, no sólo respecto a los que nos quieren y favorecen, sino también con relación a los que nos muestran su enemistad: *Zeren, hura da saindutasuna, perfetasuna, debozionean kunplitu izai-*

(16) Así como en el cuerpo humano todos los órganos se hallan en íntima trabazón, hasta el punto de que cuando falla uno de ellos sobreviene la muerte, asimismo en el ámbito social todas las personas deberían existir fuertemente relacionadas, no sólo por los oficios diversos que desempeñan, sino también por la reacción de los buenos sentimientos en un solo gran amor: *Eta halatan haur ikusirik, guztiek elkar dadukate, elkarren laguntza zaitza, elkar onesten dute. Hala, bada, guk ere elkarri pairatu eta barkatu bear diogu*. Ibid. págs. 223-224.

tea eta lainkoak karidadeaz eta amorioaz eman deraukun manuaeren kunplitzea (17).

Responder a la enemistad con la enemistad, es encerrarse en un círculo más que vicioso, verdaderamente infernal, ya que su ley es el crecimiento del mal hasta su estallido final. Vencer el mal con el bien: *Vincere in bono malum*, he aquí lo que aprendieron de los apóstoles los primeros cristianos que se distinguían, en el ámbito pagano, por el gran amor que se profesaban mutuamente. Sabían que el distintivo único del auténtico cristiano, radica en la caridad fraterna, y la hacían valer cumplidamente en las comunidades que sirvieron de base a la Iglesia universal: *Hunetan izan zarete seiñale, hunetan izan zarete ezagutuak, eneak eta ene eskolan eta konpañian aziak eta ikasiak zaretela*. (Joan. 13).

Ya en el Antiguo Testamento pueden hallarse textos que, sin alcanzar el amor de los enemigos, como lo enseñó Cristo, nos invitan a ser misericordiosos con nuestros semejantes: *In hominem sibi similem non habet misericordiam; quis exorabit pro peccatis illius?* (Eccles. 29). Para el que se complace en ser despiadado, no caben plegarias: *...eztu edirenen orduan arartekorik eta ez otoitz-egillerik*. Del apóstol Santiago es el siguiente anatema contra los duros de corazón: *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam* (Jac. 2).

La gran verdad de que nuestras culpas nos serán perdonadas en la medida en que nosotros estemos dispuestos a perdonar a los demás, se proclama en la oración dominical: *Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*. Si somos incapaces de olvidar los agravios recibidos, es inútil que, con una mala voluntad resuelta o una inconsciencia total, nos dediquemos a rezar el Padrenuestro. *Zeren, nola egiten baituzu zuk zeure etsaia-reakin, hala egiten diozu lainkoari otoitz dagiela zurekin*. Debido a esa lógica moral que existe en el plano de la conciencia, en última instancia se hará con nosotros lo que hayamos hecho con los demás.

Nuestras malas condiciones pueden conducirnos a decir que

(17) Axular dedica tres capítulos al amor de benevolencia o caridad —XXVIII, XXIX y XXX, págs. 229-244—. Dice que en la religión de Israel se admitía el odio y el exterminio de los enemigos: *...handik ateratzen zuten, beraz, etsaiak gaitzes ahal zitakeiela*. Pero, después del ejemplo y la enseñanza de Cristo, sus seguidores no pueden justificar forma alguna de enemistad: *Si enim diligistis eos qui vos diligunt, quam mercedem habebitis? Nonne et publicani hoc faciunt?* (Mat. 5).

preferimos perder la vida antes que perdonar una ofensa recibida: *Nik haur hari barka? Lehen bizia gal nezake*. Puede también ocurrir que, en lugar de expresar malquerencia, tratemos de desentendernos de la persona que nos ha dañado o molestado. Se le perdona a condición de que no se presente ante nuestra vista. No da crédito Axular a los sentimientos que corresponden a esta última actitud: *Hunela erraiten duzu, baina eztakit ongi erraiten duzuntz. Zeren, ba'dirudi, ezen, hunela elkarrekin mintzatzen eztirenak, eztirela borrontate gaixto gabe. Ezagun dira beren itz eta solasetan*. No pueden disimular su poca inclinación al perdón en su manera de hablar y manifestarse.

Tan compleja es la naturaleza humana, que basta establecer distancias, evitar toda forma de comunicación, para que, al cabo de cierto tiempo, alimentemos lamentables resentimientos. Hay ciertas enemistades solapadas y latentes que sólo sirven para envenenar nuestra vida y la de los demás. Ante ellas hay que precaverse, anularlas, resolviendo esos sentimientos turbios en franca amistad.

Si se estableciera entre la intervención divina y nuestras deficiencias, faltas y pecados una correlación implacable, Dios tendría que manifestarse como justiciero de una manera inmediata y casi fatal. Si tal cosa no ocurre, si hay siempre un margen de tiempo para nuestra enmienda, no podemos nosotros ser más justicieros que la Providencia divina, respondiendo al daño que nos hayan hecho creando situaciones irremediables, sin querer saber nada de paz ni de reconciliación: *Egizu kontu, ea zenbat bekatu egin ditutzun orainokoan eta zein andiak, eta nai baduzu barka diatzutzun hek zuri zeure lainkoak, barka zuk zeure etsaiari egiten derauzkitzunean*.

El amor de benevolencia es mucho más que simple condescendencia. No se trata de una actitud meramente externa, algo como un cumplido que sale de la punta de los labios. Cualquier sentimiento relacionado con el prójimo, y más si se trata de olvidar alguna ofensa, debe ser sincera, íntima, cordial, cual corresponde a quien sabe que Dios es el testigo verdadero de los secretos de nuestra alma: *Barkatu bear diozu etsaiari; eta barkatu ez edozein moldez, ez itzez, itxurapenez, kanpotik eta edergailuz; bainan zin zinez eta gogotik, barrenetik eta biotzetik* (18).

(18) El ejemplo de José, hijo de Jacob, resulta aleccionador. Después de haber sido maltratado y vendido por sus hermanos, en recuerdo de su padre, supo perdonarles y recibirles en Egipto: *Bada, halako aitaren manua eta halako puntadan eta denboran —arimak egiterakoan emana— nork eztu konplituko? Konplituzen, guztiei barkatu zerauen*. *Ibid.* pág. 234.

Para conseguir la amistad de Dios, las obras de misericordia distan mucho de ser deleznable. Pero su eficacia depende del ámbito de amor y benevolencia en que son ejecutadas. Asimismo, la práctica de los sacramentos resulta edificante para los demás y positivo para uno mismo, cuando se efectúa en condiciones de que vaya en aumento el amor de Dios y el del prójimo: *Kofesa ahal zaitteke, Gorputz saindua errezibi, barur, oraziñotan egon, eta duzun guztia proberi eman; bainan hek guztiak etzaizkitzu deus baliatuko, baldin barrenean nehorri herrarik, hegigoarik, gorroturik edo borondate gaixtorik badiadukozu.*

Axular termina sus consideraciones sobre la ley de la caridad cristiana, invitándonos a desechar resueltamente todo sentimiento de encono y enemistad, a fin de que nos beneficiemos de esa plenitud interior propia de los verdaderos seguidores de Cristo, el Maestro del amor universal, de la paz y de la amistad: *Bihoa, beraz, etsaigoa, aparta bedi egun beretik, geroko luzatu gabe, mendekatze-ko desira desordenatua. Zeren, alatan izanen gara ezagun eta seiñale, Jesu Kristoren eskolan ikasiak garela, haren dizipuluak garela. Eta biziko gara biotz-ukaldirik, asaldurik eta ikararik gabe, bakea dagoen bat, mendekurik gogoan eztuen bat eta guztiekin adiskide, arronter eta solasturi den bat bizitzen den bezala* (19).

XABIER ZUBIRI

Cuando hace algo más de dos décadas leímos por vez primera la obra de Zubiri, cuyo título es *Naturaleza, Historia, Dios*, no sospechábamos la actualidad de los temas tratados por el ilustre pensador donostiarra. Y es que entonces, recién terminada la segunda guerra mundial, con la enorme acumulación de desastres y víctimas en Europa y otros continentes, se clamaba por un humanismo personalista y teocéntrico de alcance universal. Lejos de intentar poner de moda las aberraciones sobre «la muerte del hombre» y «la muerte de Dios», las mentes se sentían inclinadas a valorar, en bien de las generaciones futuras, el contenido integral de la persona humana, con todas sus dimensiones, sin prescindir de la que más hondo cala en su intimidad, la que arranca del principio creador, de esencia divina.

Al cabo de veinticinco años, en medio del gran desconcierto mo-

(19) *Ibid.* pág. 244.

ral del momento actual, lo que parecía constituir una promesa de superación humana, se ha esfumado. Sabíamos que el nietscheísmo, según palabras de Charles du Bos, había sido «la más impetuosa tormenta jamás levantada en el horizonte humano», pero creíamos que, cuando menos por instinto de conservación, las aberraciones implicadas en una filosofía demencial, serían definitivamente eliminadas por una visión más exacta y noble del ser humano, dentro de la jerarquía de valores afirmada normalmente desde Sócrates hasta Bergson y Teilhard de Chardin. Por desgracia, no ha sido así, y nadie sabe hasta dónde alcanzará la sima que se ha abierto en el mundo de las almas (20).

El pecado histórico del ateísmo.

Con una inconsciencia total, Albert Camus no temía escribir en su novela *La Peste*: «Puesto que el orden del mundo está dominado por la muerte, tal vez sea mejor para Dios que dejemos de creer en El y que luchemos, con todas nuestras fuerzas contra la muerte, sin levantar los ojos al cielo, donde El está callado.» La voz de Sartre es más estridente, cuando, en *Le Diable et le Bon Dieu*, exclama: «¡Alegría, Alleluya, no hay más cielo ni más infierno, sólo queda la tierra. Adiós a los monstruos, adiós al orgullo, no hay más que hombres!»

Con razón afirma Zubiri que cuando el ateo afirma su autosuficiencia, no puede evitar de considerarse a sí mismo como la realidad absoluta, a partir de la cual todo podría ser explicado y clarificado: «El omnímodo de negar que se atribuye al ateo, no consigue ocultar la omnipotencia del negador y de la negación.» Con su radicalismo esencial, el ateo no pretende cambiar cierta idea de Dios por otra de cuño distinto, sino que su actitud equivale a un enfrentamiento, ya que sólo aspira a desechar definitivamente a Dios del camino del hombre, como un estorbo, un mal que se ha sufrido demasiado tiempo (21).

La actitud de aparente satisfacción y contentamiento de que

(20) Para establecer el presente esquema del pensamiento ontológico de Zubiri, nos hemos valido de su estudio: **En torno al problema de Dios**, que constituye la parte última de su obra: **Naturaleza, Historia, Dios**, págs. 425-565, Madrid, 1944.

(21) El ateísmo que cunde en el ambiente de hoy, se debe, según Zubiri, a que vivimos «una época de desligación y de defundamentación». Ya no se trata de algo que tenga que ver con el confesionalismo, sino que es cuestión de religión-irreligión. **Ibid.** pág. 465.

alardea el ateo, es pura falacia. Y es que, según Zubiri, «es mucho más difícil encubrir a Dios que descubrirlo». Dejar de respirar es más penoso que efectuarlo normalmente. Endiosarse en el orden práctico, dejándose llevar por la fuerza incontrolada de los instintos, eso requiere poco esfuerzo. Pero muy otra es la actitud de quien, valiéndose de su mente, trata de restar toda base divina al orden creado, como si éste careciese de causa y de fin.

Desde Feuerbach hasta los doctrinarios de hoy —marxistas, existencialistas y estructuralistas— el intento de ateísmo especulativo se ha repetido, fundándose siempre en la autosuficiencia y el engrheimiento. Esa actitud equivale, según Zubiri, «a la soberbia de la vida, en cuanto apropiación de lo absoluto». Cuando se afirma tajantemente que sólo el hombre existe y se basta a sí mismo, se cae indefectiblemente en la soberbia, «el pecado capital entre los pecados capitales, siendo inevitable que la expresión máxima de la soberbia sea el ateísmo».

Es indudable que en la actualidad el ateísmo cunde en las masas, y ello por diversas razones: una de ellas el inmoralismo entrñado en lo que llamamos civilización técnica o tecnocracia. Se trata de una sobrestimación de ciertos resultados que no van más allá de un aumento de comodidades y de confort. Dice Zubiri que es «una época de ensoberbecimiento basado en su propio éxito. El ateísmo afecta hoy, *primo et per se* a nuestro mundo. Quienes no somos ateos, somos así a despecho de nuestro tiempo; al igual que los ateos de otras épocas lo fueron a despecho del suyo».

Nos hallamos ante un «pecado histórico», pues el ateísmo, con el inmoralismo que le acompaña como secuela inevitable, es un alarde, casi una profesión de fe del hombre actual. Es indudable que la corriente hedonista que cunde como una verdadera epidemia, le conduce al ser humano «a complacerse exhaustivamente en sí mismo» (22).

Religación.

Existe en el ser humano una dimensión que pertenece a la raíz más íntima de su ser: una dimensión que va más allá de sus facultades anímicas y penetra en su «naturaleza personalizada». En la filosofía de Zubiri el nombre de «religación» esa relación de nues-

(22) Advierte Zubiri que esa idea de «pecado histórico», le fue sugerida por Ortega y Gasset que «insiste frecuentemente que no son necesariamente imputables al individuo los vicios de su época y de la sociedad».

tro yo con lo que nos hace ser lo que somos. Nada resulta más fácil que el percatarse de que eso que somos no nos lo hemos dado a nosotros mismos, sino más bien nos lo ha sido dado, otorgado, por alguien que está muy por encima de nosotros.

Por otra parte, la conciencia de nuestra existencia como una realidad deliberada y liberalmente otorgada, va acompañada de un destino consistente en tener que valernos de cuanto nos rodea, no ya para malgastar nuestra vida, sino para trascenderla, gracias a nuestras capacidades y facultades superiores. De sobra sabemos que todo está al alcance de nuestras capacidades de acción, no ya para sentirnos esclavos de las cosas, sino para utilizarlas en un sentido de progreso creciente. De ahí que, tanto el individuo como la sociedad, se hallen en trance de superación, con relación al mundo que nos rodea y también en lo que a nuestro destino personal se refiere.

Así pues, para el ser humano el hecho de vivir equivale a encontrarse en trance de crecimiento y superación, y ello en su que-hacer diario, en su libertad creadora, en su vida social, en sus relaciones cada vez más humanas con sus semejantes. No se trata solamente de dominar y transformar las energías encerradas en la tierra, que es el marco de nuestra actividad de cada día, sino también de abrigar un concepto cada vez más amplio y elevado del bien común, sin el cual ninguna institución adquiere consistencia para desenvolverse normalmente. Por todo ello, resulta evidente que venimos a este mundo sometidos a un impulso vital que imprime a nuestros actos y a nuestras actitudes exigencias en vista de una finalidad ineludible. Es la razón por la cual Zubiri habla del destino misivo, vocacional del hombre, debido a los apremios que nos llevan a un «sursum» constante ante el mundo y la especie a que pertenecemos (23).

Cierto es que los estímulos nos vienen de fuera, así como las circunstancias que marcan una orientación a nuestro arranque vital. Pero ese arranque, ese impulso, esa exigencia fundamental de superación en todos los órdenes, no es cosa de nuestro existir. Dice muy bien Zubiri que esa exigencia de perfectibilidad «siendo lo

(23) Lo que al hombre le impulsa a vivir es mucho más que un simple apego a la vida: «Es algo anterior. Es algo en que el hombre se apoya para existir, para hacerse. El hombre no sólo tiene que hacer su ser con las cosas, sino que para ello se encuentra apoyado a tergo en algo de donde le viene la vida misma». *Ibid.* pág. 455.

más nuestro, puesto que nos hace *ser*, es, en cierto modo, lo más otro puesto que nos *hace ser*».

El cumplimiento de nuestro destino rebasa lo que entendemos por mera obligación. Y es que si nos sentimos obligados a existir, a ser personas entre personas, es porque estamos religados a lo que nos hace ser y nos impulsa a actuar en un sentido de superación. Por religación entiende Zubiri, el vínculo ontológico, la exigencia más íntimamente constitutiva de nuestro ser. Somos incapaces de percibir el hecho de nuestro existir sin sentir lo que nos corresponde ser. Religación, y no simple ligación, denomina Zubiri eso que nos vincula a lo que en nuestra conciencia nos mueve, valiéndose de nuestras facultades, hacia una situación de perfectibilidad irreductible.

Fundamentalidad.

Esa situación religada en que nos encontramos actualizándonos como personas a partir de lo que nos ha sido dado, es lo que Zubiri denomina *fundamentalidad*. Y es que, con un destino fundamentalmente peculiar, sin que nadie pueda sustituir a nadie, estamos llamados a actuar en el mundo que nos rodea en el sentido del bien general.

Hace recalcar Zubiri que ese mundo exterior con relación a nuestro yo, no es un simple añadido espacial. No existe nuestra individualidad personal más los seres y las cosas del entorno, sino que nuestro ser se halla inmerso en el mundo exterior, no ya como mero espectador, sino como actor en unas circunstancias inalienables. En estas circunstancias entran en juego factores determinantes y libres, y del ejercicio de nuestras facultades mentales en esa situación compleja, depende el destino de cada cual.

Esa «inmersión» del ser humano en un mundo que él no ha creado, sino que se le brinda como algo ya hecho, implica en nuestra conciencia el sentimiento implícito de la presencia del Creador. Nos hallamos ante el «supuesto» de la realidad divina, que es muy anterior a toda demostración lógica de su existencia. No podemos abrir los ojos al mundo exterior, sabiendo que es un mundo que se nos ha brindado con la máxima liberalidad; ni tampoco podemos percibir la situación o circunstancia inevitable en que nos encontramos en medio de ese mundo, sin comprender inmediatamente que cuanto existe, en nosotros y fuera de nosotros, depen-

de de un Principio creador cuya actividad infinita lo alcanza todo (24).

Tampoco podemos emplear conceptos espaciales cuando nos referimos a Dios, como si estuviera al lado o encima de la Creación. Incluso cuando decimos que El es la dimensión más íntima y profunda del alma, debemos tener muy presente que se trata de una realidad inefable, que rebasa cuantas ideas o aproximaciones mentales podamos intentar, sin que por ello deje de ser la causa inicial de lo que somos y de lo que estamos llamados a ser.

Los principios demostrativos de la existencia de Dios, distan mucho de ser ociosos para Zubiri, pero cree que, previamente a toda demostración, «existe la necesidad de reconocer que el problema de Dios se retrotrae a una cuestión acerca del hombre, por la razón de que el ser humano constitutivamente, no sólo existe en el mundo, sino también en Dios» (25).

Ese asentamiento del ser humano en Dios nada tiene de pasivo, como quien estuviera instalado en un lugar determinado, sino que equivale a un afincamiento ontológico, en trance de exigir de cada cual la valoración de sus capacidades auténticamente personales.

El ámbito de la deidad.

El hecho de estar fundamentados en Dios no se efectúa en el hombre a la manera en que nos hallamos situados en medio de las cosas. «En la apertura entre las cosas, nos encontramos con ellas y nos ponemos ante ellas. En cambio, en la apertura que es la religión con Dios, estamos puestos en la existencia, implantados en el ser y puestos en él «viniendo desde».

Tampoco cabe plantear de un modo empírico o científico la presencia del Creador en el ser humano. Se trata de una realidad que existe en nosotros por el mero hecho de haber nacido, de haber

(24) Si la cuestión acerca de Dios se retrotrae a una cuestión acerca del hombre, es porque «el problema de Dios consiste en descubrir la dimensión humana dentro de la cual esta cuestión ha de plantearse, mejor dicho, **está ya planteada**». *Ibid.* pág. 430.

(25) Esa «visión» de Dios en el mundo y del mundo en Dios, equivale a una «patentización» que lo ilumina todo con una nueva **ratio entis**. Y cuando tratamos de elevarlo a concepto, «entonces y sólo entonces —es decir, supuesta esta visión y supuesta esta religión— es cuando nos vemos forzados a intentar una demostración discursiva de la existencia de Dios y la de los atributos entitativos y operativos de Dios». *Ibid.* pág. 434.

sido creados, de haber recibido vida. San Pablo pudo decir que «en Dios nos movemos, vivimos y somos», porque el movimiento, la vida y el ser nos han sido otorgados de un modo gratuito por la Providencia divina. Cuanto somos y cuanto está a nuestro alcance para el desarrollo normal de nuestra personalidad, se lo debemos a una acción creadora que se halla en el origen de toda realidad existente fuera de la nada (26).

Según Zubiri, cuando decimos que Dios es, entendemos mucho más que el que hay Dios, debido a que, en todos los órdenes creados, Dios «es quien hace que haya». Resulta vano pensar que Dios está ahí, como las cosas exteriores o como nosotros en medio de ellas. Dios es quien hace que seamos y que estemos, y Él es quien hace que las cosas estén donde están. El ateo se niega a reconocer que Dios es el «supuesto» de cuanto existe. La causalidad divina, entre los creyentes, podrá entenderse de manera diversa, pero el misterio de ese «hacer que haya» está ahí presente ante cada una de las mentes creadas.

Sócrates concebía la creación del Universo como producto de una causa moral, es decir, que no existe el orden creado sino porque es bueno que exista. En el origen del mundo no se halla únicamente una Inteligencia creadora, sino también una acción divina bienhechora, colmada de solicitud hacia sus criaturas. Platón hizo suya la enseñanza de su maestro Sócrates al afirmar que «en los últimos límites del mundo intelectual se halla la idea del Bien, idea que se percibe con cierta dificultad, pero que se nos presenta como la causa de todo lo que es bello y bueno».

El Dios de Platón dista mucho de ser una entidad lógica, sin conciencia ni personalidad. Se trata de un Dios vivo, a quien se sirve y se llega por el amor desinteresado. Por el amor pasamos de la belleza de las formas a la de los sentimientos; del mundo de los sentimientos, siempre por el sendero del amor, alcanzamos el de los conocimientos, dotados también de belleza; finalmente, por

(26) Advierte Zubiri que el punto de vista suyo no coincide con la «filosofía de la acción», propia de Maurice Blondel, muy discutida hace medio siglo: «La acción es algo práctico. Ahora bien: aquí no se trata, ni de teoría, ni de práctica, ni de pensamiento, ni de vida, sino del ser humano. Ese espléndido y formativo libro que es *L'Action*, de Blondel, no logrará toda su maravillosa eficacia más que llevando el problema al terreno claro de la ontología. Y me inclino a creer que Dios no es primariamente un «incremento» necesario para la acción, sino más bien el «fundamento» de la existencia, descubierto como problema en nuestro ser mismo, en su constitución religiosa». *Ibid.* págs. 443-444.

la escala ascendente de los conocimientos llegamos a la Belleza increada, sin cuya contemplación nada tiene valor en la vida.

Aristóteles admite con Platón que lo imperfecto no se explica por sí mismo, sino por lo perfecto; lo menos por lo más. Ni la materia ni el movimiento que le es inherente, se explican por sí mismos, sino por el Acto Puro o Primer Principio. De lo contrario habría que decir que el ser proviene del no ser; el cosmos, del caos. También para Aristóteles, la razón suma es «el pensamiento de lo que es el Bien por excelencia». No concibe Aristóteles más forma de plenitud en Dios que la de la actualización de su Inteligencia infinita en su obra creada.

Tanto Platón como Aristóteles establecieron las pruebas de la existencia de Dios a partir de las causas eficientes y finales. Santo Tomás dió mayor eficacia a esas pruebas al tratar de demostrar la causalidad del mundo ex-nihilo. Fue Kant quien intentó echar por tierra esas pruebas en nombre de la subjetividad de las categorías mentales. El pensamiento de Zubiri dista mucho de aceptar las categorías «a priori» de Kant, y, en lo que respecta a la demostración de la existencia de Dios, dice lo siguiente: «El conocimiento de nuestra inteligencia siempre que entiende y raciocina, comienza por el conocimiento implícito, y termina en conocimiento explícito de Dios».

Estas últimas palabras marcan la relación existente entre intuición y raciocinio, en un orden que también se aplica a la realidad divina. Ya Santo Tomás enseñó que el acto intelectual previo a toda acción discursiva se fundamenta en la intuición, la cual viene a ser la presencia de lo inteligente en la inteligencia. De ahí que puede y deba admitirse que el alma tenga presente en su intelecto a sí misma y a Dios, no sin cierto amor implícito o indeterminado.

Esa intuición primaria que, en el lenguaje corriente, llamamos «sentimiento de presencia», la abrigan no pocas almas que tienen su vida centrada en su deber de estado. Al margen de toda elucubración racional, esas almas saben que viven un orden vocacional y tratan de realizarlo bajo la mirada de Dios, cifrando su existencia entera en la religación, que luego se proyecta como vida y luz en el entorno. No teme Zubiri afirmar que la religación tiene ya por sí misma valor de religión, «religio naturalis». Y es que se trata

de una apertura moral tan sincera, que sin ella las ideas espirituales poca consistencia tendrían en el alma humana (27).

Agape.

Con delectación marcada se inclina Zubiri hacia la teología griega al exponer el concepto cristiano de Dios como Amor Puro, Caridad. Y es que el enfoque de esa teología arranca de una idea del amor como fondo y foco metafísico de toda actividad. Si en Dios la creación equivale a una expresión de su plenitud, en los seres humanos también su actuación, atizada por exigencias de amor, tiende al cumplimiento pleno de la persona.

La filosofía clásica se sirvió del término de *eros* para expresar esa forma de afectividad que une a los seres humanos en trance de reciprocidad. Los Padres griegos no desdeñaron esa voz ni su contenido, pero se valieron de *agape* para significar esa otra forma de amor superior, el amor incondicional, el que se basta a sí mismo, pues implica entrega desinteresada de lo mejor de nuestro corazón.

No admite Zubiri que haya exclusión entre *eros* y *agape*, ya que en los dos casos se da un «fuera de sí», una proyección normal del alma en provecho ajeno. Pero hay que reconocer que esas dos formas de amor se mueven en planos distintos: *eros* requiere reciprocidad en la entrega, mientras que *agape*, siendo pura liberalidad, tiende a una irradiación del contenido más íntimo de la persona humana, debido a lo cual cabe decir que constituye la realidad más sustantiva de nuestro ser.

Los teólogos latinos vertieron el término griego de *agapé* por el de *caritas*, en cuanto virtud teologal, en el mismo plano que la fe y la esperanza. Insiste Zubiri en que, según la teología griega, la enseñanza evangélica de que Dios es Amor representa una realidad metafísica tal, que su consecuencia inmediata sólo puede conducirnos a reconocer que, en las personas creadas, *agape* corresponde a su constitución ontológica más honda. De ahí resulta que

(27) Los escolásticos hablaban de cierta **religio naturalis**, pero sin hacer hincapié sobre el sentido de esta naturalidad. Natural, para Zubiri, significa «una dimensión formal del ser mismo del hombre. Algo constitutivo suyo y no consecutivo. La religación no es una dimensión que pertenezca a la naturaleza del hombre, sino a su persona, si se quiere, a su «naturaleza personalizada». La auténtica actitud religiosa equivale a «actualización del ser religado del hombre». En la religión no sentimos previamente «una ayuda para obrar, sino un fundamento para ser». **Ibid.** pág. 439.

quien actúa movido por el amor desinteresado e incondicional, lo hace vocacionalmente, sin exigir nada más que el sentirse colaborador en la obra divina de la Creación (28).

La Creación.

Toda creación auténtica viene a ser difusión, actualización de nuestras capacidades más personales. Por el acto de creación producimos lo otro en cuanto prolongación de nuestro ser. De ahí el valor de una actuación verdaderamente creadora, hasta el punto de que, según Zubiri, responde a un amor extático —*sistere ex*— «existir a partir de...».

En la actualización del yo humano en toda obra de creación, cabe hablar de cumplimiento y, en ciertos casos, de plenitud. Y porque el ser humano puede trascender su pequeña individualidad para realizarse como persona, se reconoce él en sus obras, hasta el punto de que no sólo las ama, sino que se ama él en ellas. La fruición de que goza el hombre al crear algo verdaderamente positivo, responde, no ya a un sentimiento externo, sino al contenido más íntimo de su ser personal (29).

En el Universo no podemos evitar de ver una obra divina en cuanto efusión de amor. La Creación en su totalidad viene a ser una afirmación originaria del amor. Ese amor lo descubre, en el plano universal, tanto el místico que penetra en la raíz primera de la vida, como el apóstol que se sacrifica por un ideal de unidad total. Los dos, el místico y el apóstol, viven una experiencia de amor que responde, nada menos, que a la presencia del amor de Dios en el mundo.

La acción de Dios es expresión de una «libertad creadora que emerge de la expansión intrapersonal del ser divino». Si la teolo-

(28) Al tratar de la teología paulina en la última parte de su estudio sobre el problema de Dios, Zubiri señala las particularidades de los conceptos de *eros* y *agape* según la filosofía clásica y la patrística griega. Para San Pablo, *agape* «no equivale a simple metáfora, sino que viene a ser la caracterización metafísica de lo divino». *Ibid.* págs. 479 y ss.

(29) La Creación en el Antiguo y Nuevo Testamento es una «llamada», algo que obedece a una voz dispuesta a dar un nombre a lo que existe: «Llama a las cosas como si no estuvieran» (Rom, 17). Palabra, según San Pablo, pronunciada por el carácter extático del amor». Esa efusión de amor produce el ámbito de la alteridad como un *unum* proyectado *ad extra*; de suerte que lo existente cobra su existencia por la unidad primaria, originaria y originante del amor». *Ibid.* págs. 511-512.

gía se fija en el amor «ad intra» de Dios, la filosofía no puede evitar de considerar ese mismo amor como proyección hacia los seres finitos, realidades contingentes llamadas a actualizarse en un espacio y un tiempo bien delimitados.

Debido a que el inmovilismo es muerte, disgregación del ser, nos resulta imposible concebir nada al margen de ciertas condiciones de acción, sin las cuales no cabe ni afianzamiento ni renovación de los elementos que integran nuestro universo. La acción es la *fiesta* del alma, solía decir Azorín. A su vez, Zubiri nos hable de *plenitud*, porque el caudal de bondad que contribuimos a aumentar con las sanas disposiciones de nuestra voluntad, crean, en nuestra intimidad, un contentamiento que responde al testimonio de nuestra conciencia.

La creación divina, según la teología griega, viene a ser una progresiva relucencia de Dios fuera de sí mismo. Si todos los seres creados se hallan en el mundo de un modo presencial, es porque en ellos reluce la divinidad. Por otra parte, si solamente existiesen las formas elementales de la vida, se podría hablar de puro vitalismo, de «élan vital», obra de un demiurgo o algo parecido. Pero se da el caso de que existe el hombre, es decir, un ser dotado de una autonomía moral destinada a actualizarse como persona responsable y libre. Nada es más evidente que nuestra situación de no poder limitarnos ni reducirnos a nuestra pequeña individualidad, ya que nuestros impulsos más profundos y nobles nos conducen a irradiar lo mejor de nuestro ser personal. De ahí que la presencia de Dios a través de la creación de la especie humana, se nos antoje como eminentemente personal, es decir que Dios no se esfuma ni desaparece en la vida que crea, sino que actúa como Persona en beneficio de unos seres dotados de facultades superiores para desenvolverse como personas.

El espíritu.

Los Padres griegos, siguiendo a San Pablo, enseñaron que en el hombre, además del alma, existe el espíritu —*pneuma*—. Dice Zubiri que en la filosofía cristiana griega se entiende por espíritu el principio, el fondo y el bien de la persona humana. De ahí emergen las facultades, cuya manifestación activa tiende a trazar una unidad vital armoniosa. Nos damos cuenta de que esa unidad implica un rumbo, una vocación, tanto hacia la verdad como hacia el bien, siempre susceptibles de superación. Esa orientación dinámica

obedece a la presencia del espíritu, sin el cual sólo habría disgregación de nuestra vida psíquica (30).

Teniendo en cuenta que el alma no es solamente la forma del cuerpo y que no puede menos de ejercitar una función superior, cual es el proyectar por su cuenta un amor creciente hacia los demás, no podemos concebir esa vocación íntima y personal más que como expresión de la presencia del espíritu. Y, debido a que esa acción del espíritu hacia rumbos de perfectibilidad, es ley de nuestra conciencia, nos incumbe concebir a Dios como la realidad más íntimamente inscrita en nuestro ser (31).

Esa presencia divina, que es el principio activo de un amor de benevolencia que nos lleva a identificarnos con nuestros semejantes, es una realidad insoslayable, ya que, gracias a ella, superamos todas las mezquindades de nuestra naturaleza individual, para convertirnos en personas cabales. Incluso las grandes catástrofes sociales que registra la historia, dan fe de esa vocación personal del hombre, vocación de origen inmediatamente divino, porque las enemistades que se hallan en el origen de tantos males, revelan y denuncian nuestra traición ante los fueros del espíritu.

Cuando actuamos en la vida al margen de toda fórmula de generosidad, entregados a nuestros cálculos y conveniencias individuales, entonces nos situamos al margen del espíritu. Caemos a veces en la tentación de cifrar nuestras miras a lo inmediato, sin querer percatarnos de que el presente es como un trampolín para el futuro. La trama de nuestra vida está hecha de instantes enlazados entre sí por una corriente espiritual cuyo avance normal crea los valores que dan asiento a nuestra personalidad.

Todo cuanto ha preexistido a la aparición del hombre, tanto en el orden material como en el de la vida, se ha integrado en las constitución somática y psíquica de nuestro ser. Por ese motivo se

(30) Según el Nuevo Testamento, el ser de las cosas es luz (**phôs**); el de los seres vivientes es vida (**zoé**), y el del ser personal, espíritu (**pneûma**). Si el concepto que corresponde a **zôé** expresa la vida en general, tan sólo **pneûma** es personal. Para San Pablo, el espíritu (**pneûma**), el alma (**psyché**) y el cuerpo (**sôma**) pertenecen a las tres dimensiones de la creación visible (I. **Thes.** 5, 23). Advierte Zubiri que no se trata de otras tantas emanaciones divinas, sino de «proyecciones formales **ad extra** de Dios». **Ibid.** pág. 511.

(31) El acto creador como «llamada» en el caso del espíritu, viene a ser algo más que llamada, apelación; es una «vocación»: «Aquí lo llamado no sólo es «llamado», sino que «consiste en ser llamado». El espíritu no sólo tiene destinación, y no sólo tiene vocación, sino que formal y constitutivamente es un ente vocacional». **Ibid.** pág. 520.

ha dicho que el hombre es un «microcosmos». Pero hay que tener muy presente que esa integración de una infinidad de elementos, no se ha efectuado en el ser humano para que sea una cosa más entre otras cosas. Por las dimensiones de nuestro corazón, frente a todos los determinismos, tenemos que descubrir al prójimo que «es el otro aproximado a mí desde mí». El reconocer esa proximidad del otro como persona responde a un criterio netamente espiritual.

Toda obra de integración entre personas humanas sólo puede ser obra del espíritu. Así vemos que el bien común, sin el cual no hay vida institucional que valga, no puede en modo alguno ser la suma de las conveniencias o cálculos individuales, ya que representa un principio normativo y una fuerza integradora que se impone por igual a todos sus miembros, exigiendo de cada uno un mínimo de renunciación. Refiriéndose a la sociedad en su conjunto, dice Zubiri que «mucho antes de ser una relación consecutiva a dos o más personas, responde la creación originaria de un ámbito efusivo dentro del cual pueda darse el reconocimiento del prójimo como tal» (32).

Insiste Zubiri en que la verdadera comunicación entre seres humanos, no se funda en la vida, ni recae sobre ella, sino únicamente en lo que nos constituye como personas: «Los seres vivos tienen su *eros*; solamente las personas son amor en sentido estricto. La fraternidad del Evangelio, por esto, es todo antes que una virtud puramente ética. Muchas veces el Evangelio reserva el nombre de *cosmos* a esta unidad personal de todos los hombres. Por éste su ser espiritual o pneumático posee el hombre una superioridad metafísica en la creación: es su rey» (33).

Con acento pascaliano nos hace ver Zubiri que la realidad del mundo, a pesar de las apariencias, no se reduce a espacio y tiempo; no tan sólo conjunto más o menos heterogéneo de cosas y de seres, sino duración determinada, principio y fin, mundo y siglo, todo ello encuadrado en esa inmensidad divina que alcanza a todo y a todos, trascendente e inmanente, asegurando la unificación cósmica sin diluirse en ella, otorgándonos su amor, su *agapé*, sin anu-

(32) *Ibid.* pág. 520.

(33) Siguiendo a San Pablo, la teología griega considera el espíritu personal como la realidad más honda y verdadera. Es la criatura que más se asemeja a Dios; es imagen suya, *eikon*. De ahí emergen «las facultades de todo orden, y con ellas traza su vida el ser humano en unidad íntima consigo mismo, en su fondo personal». *Ibid.* pág. 522.

larse en él. Si aparentemente en el espacio cada persona parece una insignificancia, hay que reconocer que, gracias a nuestra inteligencia y, sobre todo, a nuestro corazón, movidos por el espíritu, rebasamos cuanto nos rodea y, colocándonos en el curso mismo de la acción divina, nos convertimos en colaboradores de Dios en la obra cumbre de la Creación.